

Nguyễn Phan Quế Mai

Niños de la calle



AdN

Nguyễn Phan Quê Mai

Niños de la calle

Traducido del inglés por Carmen Francí Ventosa

AdN

Título original: *Dust Child*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Algonquin Books, un sello de Workman Publishing Co., Inc., una división de Hachette Book Group, Inc., Nueva York, Nueva York, EE. UU. Todos los derechos reservados.

Primera edición: 2024

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Nguyễn Phan Quế Mai
© de la traducción: Carmen Francí Ventosa, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024
Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-20-9
Depósito legal: M. 1088-2024
Printed in Spain

Para los americanoasiáticos y sus familiares que me narraron sus historias y cuyo valor me ha servido de inspiración. Para los millones de hombres, mujeres y niños que se vieron arrastrados al torbellino de la guerra de Vietnam. Para todos aquellos cuya vida se ha visto afectada por la violencia. Ojalá nuestro mundo alcance algún día mayores cotas de compasión y de paz.

Durante la guerra de Vietnam, nacieron decenas de miles de niños de la relación entre los soldados estadounidenses y las mujeres vietnamitas. Las trágicas circunstancias separaron a la mayoría de estos niños americoasiáticos de su padre y, más tarde, de su madre. Muchos de ellos no han vuelto a encontrarse.

Esta es una obra de ficción. Aunque los principales acontecimientos históricos son reales, los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas vivas o muertas es mera coincidencia.

Hijo del enemigo

Ciudad Ho Chi Minh, 2016

«La vida es un barco», le dijo una vez a Phong la hermana Nhã, la monja católica que lo crio. «En cuanto abandonas tu primer punto de anclaje —el vientre de tu madre—, te arrastran corrientes inesperadas. Si eres capaz de llenar tu barca con suficiente esperanza, suficiente confianza en ti mismo, suficiente compasión y suficiente curiosidad, estarás preparado para capear todas las tormentas de la vida.»

Mientras Phong aguardaba sentado en el consulado estadounidense, sentía en las manos el peso de la esperanza: la solicitud de su visado y de los de su esposa Bìn, su hijo Tàì y su hija Diễm.

A su alrededor, muchos vietnamitas esperaban sentados o de pie a que les llegara el momento de hablar con uno de los funcionarios de visados instalados detrás de las mamparas de cristal de los mostradores. Algunos vietnamitas lanzaban miradas de curiosidad a Phong y él sentía que sus ojos lo quemaban. Imaginaba que murmuraban: «Mestizo». Durante toda su vida lo habían llamado «niño de la calle», «bastardo», «imperialista negro americano», «hijo del enemigo». Desde joven le habían puesto esas etiquetas con tanta ferocidad que estas habían calado muy hondo y ya no podía desprenderse de ellas. Cuando era un niño que vivía en la nueva zona económica de

Lâm Đông con la hermana Nhã, una vez llenó un gran cubo con agua y jabón, se metió dentro y se frotó la piel con una esponja para quitarse el color negro. Cuando lo encontró la hermana Nhã, estaba sangrando. Se preguntaba por qué había tenido que nacer americanoasiático.

—No te preocupes, ten confianza en ti mismo y te irá bien, *anh* —susurró Bìn, acercándose a él y rozándole el brazo con los callos de la palma de la mano. Phong asintió, sonrió nervioso y tomó entre las suyas la mano de su esposa. Aquella mano había cocinado para él, le había lavado la ropa y lo había ayudado a reparar los parches rotos de su vida. Aquella mano los había sostenido a él y a sus hijos, había bailado con ellos, había hecho que el campo de arroz produjera temporada tras temporada. Phong amaba aquella mano encallecida, igual que quería todo el resto de Bìn. Tenía que cumplir la promesa de llevar a Bìn a América. Lejos de los vertederos donde trabajaba recogiendo plásticos, papeles y metales.

Tài y Diễm, sentados junto a Bìn, le dirigieron un saludo con la mano. Con catorce y doce años, eran casi tan altos como su madre. Ambos habían heredado los grandes ojos de Bìn y su sonrisa radiante. El color de la piel y el pelo rizado, en cambio, eran herencia de su padre.

—Recordad que sois hermosos —les dijo cuando se preparaban para el viaje de cinco horas en el autobús que iba a llevarlos hasta el consulado. Se lo decía a menudo, pues sabía que, con frecuencia, los vietnamitas, que solían preferir la piel clara, los miraban con desdén.

Su hijo Tài siguió leyendo un libro. Las gafas torcidas, de montura metálica, sujeta con trozos de cinta adhesiva, se le iban deslizando por la nariz. Phong pensó que tenía que hablar otra vez con sus vecinos y ofrecerles un precio más alto para arrendar su arrozal. Plantaría judías para el Año Nuevo y, con esa cosecha, podría comprar unas gafas nuevas para Tài

y un vestido para Diễm. La niña llevaba la ropa vieja de Tàì; los pantalones le quedaban cortos y enseñaba los tobillos.

En un mostrador situado delante de Phong, un funcionario estadounidense estaba dando una hoja de papel azul a una joven. Phong conocía bien ese color. Azul significaba «denegado». Cuando la mujer se alejó de la ventanilla, Phong sintió algo parecido al pánico.

Intentó recordar las entrevistas que había ensayado con su familia. Había grabado las respuestas correctas en su memoria como los carpinteros graban pájaros y flores en la madera, pero ahora tenía la mente en blanco.

—Número cuarenta y cinco, mostrador tres —dijo el altavoz.

—Nos toca —anunció Binh. Cuando Phong se dirigió al mostrador junto con su mujer y sus hijos, se dijo que tenía que estar tranquilo. Mientras pudiera contar con su familia, no se dejaría intimidar. Lucharía por dar a Binh, Tàì y Diễm una vida mejor.

Phong saludó con la cabeza a la funcionaria de visados, que se parecía a las americanas de las películas que había visto: pelo rubio, piel blanca, nariz grande. La mujer no saludó y no apartó los ojos del ordenador. Phong contempló la máquina y se preguntó qué misterios encerraría. Cuando llegara a América, trabajaría mucho y compraría un ordenador para Tàì y Diễm. Sus hijos lo habían llevado a la ciudad, a un cibercafé, para enseñarle cómo funcionaban los ordenadores. Le dijeron que tal vez un día podría enviar a través de internet un texto escrito a sus padres. Pero ¿tendría esa oportunidad? Ni siquiera sabía si sus padres estaban vivos o muertos.

La funcionaria de visados se volvió hacia él.

—«Gút mó-ninh» —dijo Phong con la esperanza de haber pronunciado *good morning* correctamente. Años atrás, había aprendido algo de inglés básico, pero sus conocimientos del

idioma habían desaparecido como las gotas de lluvia durante la sequía—. *Chào bà* —añadió, ya que no quería que la funcionaria pensara que dominaba su idioma.

—*Cho xem hộ chiếu* —contestó ella.

La mujer hablaba bien el vietnamita, pero el acento del norte le pareció inquietante. Le recordaba a los oficiales comunistas que lo habían golpeado en los campos de reeducación de las montañas treinta años atrás.

Con cuidado, sacó los pasaportes de una carpeta y los metió en el cajón situado bajo la ventanilla de cristal. Él y su mujer le habían dado todos sus ahorros a Quang, un agente de visados, para hacer los pasaportes y presentar las solicitudes. Quang los había convencido de que en los Estados Unidos no tendrían que preocuparse por el dinero, ya que recibirían una pensión mensual del Gobierno que los ayudaría a sobrevivir.

La mujer examinó los documentos sin dejar de teclear en el ordenador. Se dio la vuelta y llamó a alguien. Apareció una joven vietnamita que se dirigió a ella en inglés. Phong ladeó la cabeza, pero los sonidos eran como peces escurridizos y se alejaban tan deprisa que no fue capaz de atrapar ni uno solo.

—¿Qué está pasando? —susurró Bình. Phong le puso la mano en la espalda, sabiendo que así se calmaría. A Bình la ponía tan nerviosa la idea de llegar tarde a la entrevista que había insistido en tomar el autobús desde su ciudad natal, Bạc Liêu, el día anterior, y llevaban esperando delante del consulado desde las cuatro de la mañana.

La vietnamita lo miró.

—Tío Nguyễn Tấn Phong, ¿solicita usted un visado en virtud de la Amerasian Homecoming Act?

Era buena señal que se hubiera dirigido a él con respeto llamándolo «tío» y le daba esperanzas que mencionara el nombre del programa al que quería acogerse. ¡*Homecoming!* Aque-

lla palabra, que significaba «regreso a casa», para él era sagrada, y su sonido le agitaba el corazón. Tenía derecho a volver a casa, a la patria de su padre. Sintió calor en los ojos. Y le gustó que la mujer tradujera *Amerasian* como *trê lai*. Phong nunca se había sentido cómodo cuando la gente lo llamaba *con lai*, ya que *con* significa «niños», «pequeño» o «animal». Él no era ningún animal.

—Sí, señorita —contestó Phong.

—Lo entrevistará otro funcionario en aquella sala —dijo, señalando hacia su derecha—. El resto de la familia tendrá que sentarse a esperar fuera.

Bình se inclinó hacia la ventanilla.

—Mi marido no sabe leer. ¿Puedo acompañarlo?

—Ya lo ayudaré yo —dijo la mujer mientras se alejaba.

La sala era amplia y estaba iluminada por fluorescentes. No tenía ventanas y Phong sintió lástima por quien tuviera que trabajar allí. Su casa no era lujosa, pero estaba llena de aire fresco. Aire que entraba por unas ventanas abiertas durante todo el año y traía consigo el aroma de las flores y el canto de los pájaros.

La persona por la que sentía lástima era un hombre blanco y regordete, sentado detrás de un escritorio cuadrado marrón, vestido con camisa azul y corbata del mismo tono.

La mujer se quedó de pie junto al escritorio y Phong se sentó en la silla que había delante. En la pared, a su derecha, había una gran foto del señor Obama. Un buen día, unos años antes, los hijos de Phong salieron corriendo de casa. Fueron a toda prisa a la de los vecinos, se pararon frente a la valla y atisbaron por la ventana abierta para ver en la televisión la noticia de que el señor Obama se convertía en el primer presidente negro de los Estados Unidos.

«Estados Unidos es la nación de los inmigrantes», decía Obama mientras la gente lo aclamaba.

Hacia ya años que Phong quería ir a los Estados Unidos, pero a partir de aquel momento se convirtió en la misión de su vida. Un país que votaba a un presidente negro tenía que ser mejor que Vietnam, donde a los negros a veces los llamaban *mòi*, que quería decir «incivilizados» o «salvajes». En una ocasión, la dueña de un puesto de comida se rio de él cuando le pidió trabajo como lavaplatos.

—Mírate la piel —se mofó—. Los clientes se irán porque pensarán que dejas los platos más sucios de lo que están.

Detrás de la mesa, el funcionario de visados levantó un pa-saporte.

—Nguyen Tan Phong —llamó. Al omitir todos los tonos ascendentes y descendentes del nombre completo de Phong, lo convirtió en «ráfaga de viento disuelta», cuando debería haber significado «la fuerza de miles de ráfagas de viento», que era el nombre que había querido darle la hermana Nhã.

Phong se puso en pie. El hombre empezó a decirle algo. Phong intentó captar los sonidos, pero, una vez más, se le escaparon.

—Levante la mano y jure que es una persona mestiza descendiente de estadounidenses y que lo que declara es cierto —interpretó la vietnamita.

Quang, el agente, había preparado a Phong para ese momento. Levantó las manos.

—Juro que soy un *trê lai*. Juro que no miento y que todo lo que voy a decir es cierto.

—¿Cómo sabe con certeza que es usted americanoasiático? —preguntó el hombre a través de la intérprete.

—Señor, mire el color de mi piel... Desde pequeño me llaman «negro americano».

—Pero también podría tener ascendencia jemer, ¿no?

—No, señor. Las madres jemer no abandonaban a sus hijos. Y a mí... Yo crecí en un orfanato.

—Así pues, ¿tiene pruebas de que es hijo de un militar estadounidense?

—No sé quiénes son mis padres, señor. Soy americanoasiático, señor. Además, los jemerres son bajos y yo mido un metro ochenta. Y esta barba... Los jemerres no tienen barbas como la mía.

Se tocó una barba espesa que iba desde las orejas hasta la barbilla y le cubría gran parte de las mejillas. Aunque el picor era a veces insoportable, Quang había insistido en que se dejara crecer la barba al menos dos semanas antes de la entrevista.

—¿Ha solicitado anteriormente un visado de inmigración en este consulado?

Phong parpadeó. Maldita sea. Quang le había dicho que no lo investigarían.

—¿Ha solicitado anteriormente un visado de inmigración a los Estados Unidos? —repitió el funcionario.

—Pues... No me acuerdo. —Phong agarró la carpeta de documentos. El sudor le humedecía las palmas de las manos.

—¿No se acuerda? —El hombre blanco negó con la cabeza—. Entonces deje que le refresque la memoria. Su formulario de visado dice que es la primera vez que lo solicita, pero tengo aquí una solicitud anterior —dijo, levantando un papel.

Una sensación de frío recorrió la espalda de Phong. El papel se había vuelto ya amarillo, pero reconoció al joven de la foto adjunta. Era él, cuando creía que podría encontrar una buena familia. Era él, con expresión ansiosa y llena de esperanza. Justo antes de que el señor Khuát le tomara la foto, se había enjugado una lágrima de felicidad.

—Esta solicitud de visado antigua es suya, ¿verdad? —preguntó el hombre blanco.

Phong se frotó las palmas sudorosas contra los pantalones.

—Sí, señor... Fue hace muchos años.

—Más de veinte años. Dígame, ¿por qué no se le concedió entonces el visado?

Phong examinó la superficie del escritorio. Suave y brillante como un espejo. El carpintero había hecho un buen trabajo. Si pudiera ir a América, perfeccionaría su técnica como carpintero. Dedicaría su paga mensual a comprar la madera necesaria para construir todo tipo de muebles y así poder enviar a sus hijos a las mejores escuelas. Le encantaba el olor de la madera y la sensación de haber fabricado un objeto tangible. Había oído decir que en los Estados Unidos la gente podía hacer realidad sus sueños.

Si revelaba la verdad, nunca conseguiría ir al país de sus sueños.

—No sé por qué no conseguí un visado, señor. Supongo que no tenía todos los papeles.

El hombre negó con la cabeza.

—En aquella época no pedíamos muchos papeles. Los visados de inmigración se concedían por el aspecto físico, y sus rasgos faciales por sí solos podrían haberle conseguido un visado. Dígame la verdadera razón.

Phong tenía la garganta seca. Habría deseado arrebatarle el papel amarillento de las manos y romperlo. Romper lo que el ladrón de Khuát había escrito.

El hombre frunció el ceño.

—A lo mejor se cree que no lo sabemos, pero según nuestros archivos, en la anterior ocasión intentó llevarse a otras personas. Alegó que unos desconocidos eran familiares suyos.

Aquellas palabras dejaron a Phong clavado en el suelo, incapaz de moverse o de levantar la cabeza.

—Tío Phong, tiene usted que contestar, explíquese —dijo la intérprete vietnamita.

Phong apretó la carpeta de documentos contra el pecho. El dolor por su mujer y sus hijos palpitaba en su interior. Tenía que luchar por su derecho a llevarlos a América.

—Señor... Soy analfabeto. La familia Khuát preparó esos documentos. Prometieron ayudarme en América si los llevaba conmigo. Yo era joven y tonto, señor, pero en ese momento muchos americanoasiáticos lo hacían.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—Al tratar de llevarse consigo a personas no familiares, intentó aprovecharse de la buena voluntad de nuestro Gobierno y violó la ley —dijo el hombre, mirándolo a los ojos—. Para que reconsideremos su solicitud de visado, tiene que mostrarnos pruebas sólidas de su origen; los rasgos faciales ya no bastan.

—Pruebas... Señor, ¿qué tipo de pruebas?

—Pruebas de que usted es hijo de un militar de los Estados Unidos. Los registros militares de su padre estadounidense, por ejemplo, y resultados de ADN coincidentes entre usted y él.

—¿ADN? —preguntó Phong. Aquella palabra no sonaba vietnamita. Tal vez la mujer no la había traducido correctamente.

—Hay un tipo de prueba que se llama «prueba de ADN» —aclaró la mujer—. Y así se sabe quiénes son los padres biológicos.

Phong había hablado con muchas personas sobre la búsqueda de sus padres, pero nadie había mencionado nunca una prueba de ADN. Estaba a punto de preguntar dónde podría hacérsela cuando el hombre añadió:

—Si su padre es estadounidense, tiene que encontrarlo y los dos tienen que enviar los resultados de la prueba de ADN para demostrar el parentesco.

—¿Dice que primero tengo que encontrar a mi padre, señor? Si me deja ir a América, a lo mejor puedo encontrarlo.

Sabía que los Estados Unidos era un país grande, pero también había oído decir que allí todo era posible.

El extranjero cogió una hoja de papel azul.

—Señor, mis hijos no tienen amigos en la escuela. Los niños de nuestro barrio no les hablan. Aquí no tienen ninguna oportunidad de salir adelante. Por favor... —Phong mostró al hombre una foto de sus hijos, tomada delante de su casa.

Tài y Diễm sonreían tímidamente, ladeando la cabeza el uno hacia el otro.

No era del todo cierto que no tuvieran amigos, pero Phong tenía que hacer su alegato más convincente.

El hombre hizo caso omiso de la foto. Firmó el papel azul y se lo dio a Phong. Este miró las numerosas palabras impresas, hizo una mueca de dolor y se marchó. La hermana Nhã había intentado enseñarle a leer, pero las palabras escritas solo le inspiraban temor. Cerró los ojos, negó con la cabeza y le dio el papel a la mujer.

—Por favor, ¿qué pone aquí?

La mujer carraspeó un poco.

—«El consulado de los Estados Unidos sito en la ciudad Ho Chi Minh lamenta informarle de que, tras una entrevista personal, su solicitud de admisión en el programa Amerasian no ha cumplido con los criterios establecidos en la Sección 584 de la Ley Pública 100-202, modificada por la Ley Pública 101-167, la Ley Pública 101-513 y la Ley Pública 101-649, la Amerasian Homecoming Act. Si en el futuro el interesado es capaz de presentar nuevas pruebas en apoyo de su reivindicación acerca de su condición de americanoasiático, se revisará el caso. Para tener derecho a un visado como americanoasiático, deberá demostrar ante la oficina consular que su padre fue un soldado estadounidense. La ascendencia mixta por sí misma no lo hace apto de modo automático.»

La mujer devolvió el papel a Phong.

—El hecho de que falsificara en otros tiempos su solicitud podría ser un obstáculo para cualquier solicitud futura —in-

sistió el hombre—. No estoy seguro de que tenga posibilidades, pero si tiene pruebas, envíenlas. Adiós.

¿Adiós? No, todavía no. Phong dio un paso adelante.

—Señor, siento haber cometido un error, pero ahora soy una persona diferente...

El hombre levantó la mano.

—Cuando tenga pruebas, envíenlas. Adiós.

Niños de la calle

Cuatro vidas entrelazadas para siempre por decisiones tomadas en una época de conflicto.

Una historia inolvidable de cómo aquellos que heredaron la tragedia de Vietnam pueden redefinir sus destinos a través del amor, la sabiduría ganada con esfuerzo, la compasión, el coraje y la alegría.

En 1969, las hermanas Trang y Quỳnh, desesperadas por ayudar a sus padres a pagar sus deudas, abandonan su aldea y se convierten en «chicas de bar» en Saigón, donde beben y coquetean con soldados estadounidenses a cambio de dinero. A medida que la guerra se acerca a la ciudad, la otrora inocente Trang se ve envuelta en un irresistible romance con un piloto de helicóptero estadounidense joven y encantador. Décadas más tarde, Dan, un soldado veterano estadounidense, regresa a Vietnam con Linda, su mujer, con la esperanza de encontrar una cura para su trastorno de estrés postraumático y, sin que Linda lo sepa, enfrentarse a los secretos de su pasado.

Al mismo tiempo, Phong, hijo de un soldado negro estadounidense y de una vietnamita, emprende la búsqueda de sus padres e intenta salir de Vietnam. Phong, que fue abandonado delante de un orfanato, ha recibido desde pequeño nombres como «niño de la calle», «negro imperialista americano» e «hijo del enemigo», y sueña con una vida mejor para él y su familia en los Estados Unidos.

El pasado y el presente convergen cuando estos personajes se encuentran y se enfrentan a decisiones tomadas en tiempos de guerra, unas decisiones que los obligan a mirar en lo más profundo de su ser y a encontrar puntos en común más allá de la etnia, las generaciones, la cultura y el idioma.

AdN

3655034

